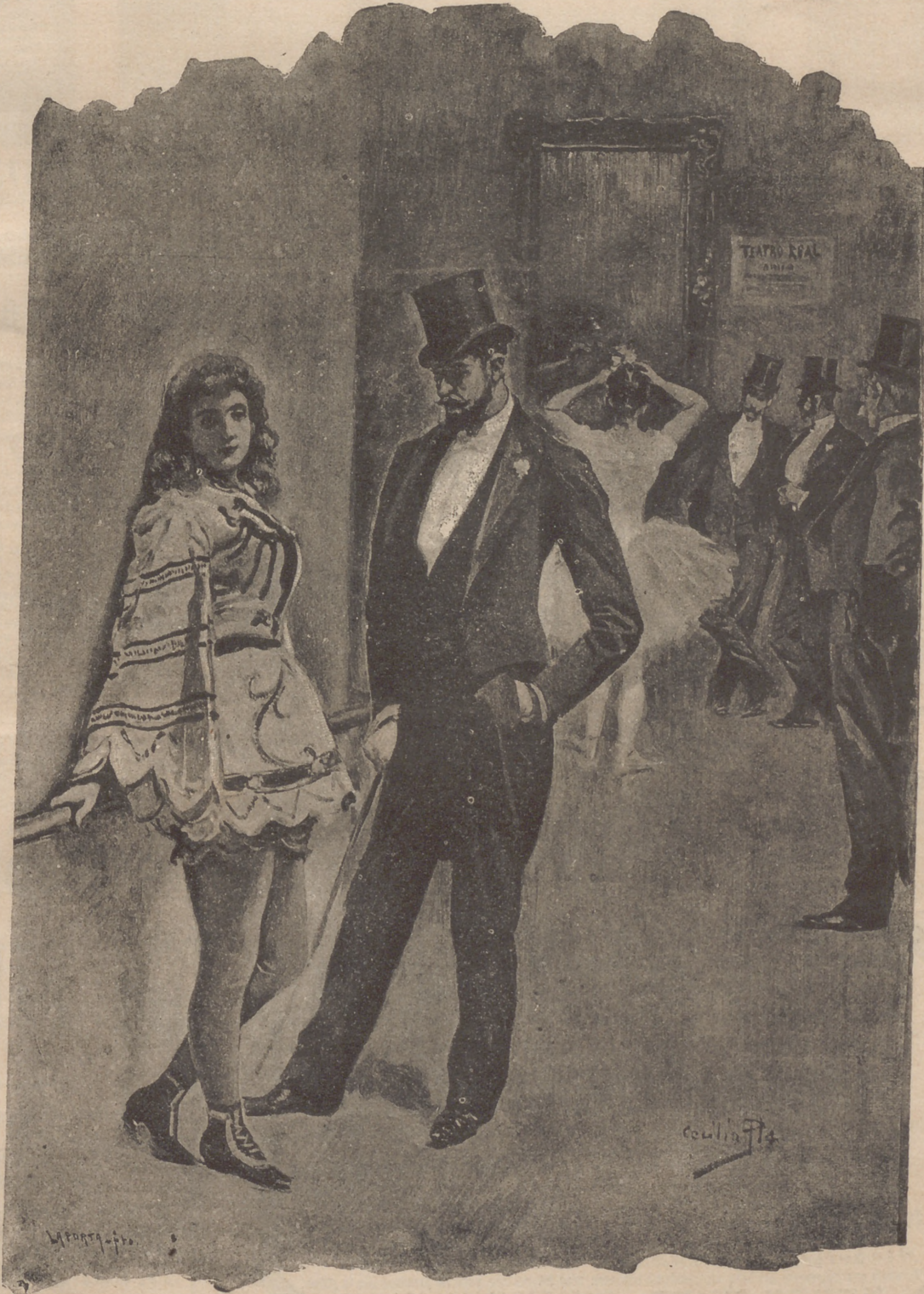


Los Domingos del Diario de Manila



FOYER DE LAS BAILARINAS EN EL TEATRO REAL

14 JUNIO 1896

NUM. 24

NUEVOS MODELOS 1896

DE LA PERFUMERIA-ORIZA

L. LEGRAND

PARIS — 11, place de la Madeleine, 11 — PARIS



ORIZA-OIL
Aceite Superior.
Nº 100 ter

ORIZA-POWDER
Polvos de Flores de arroz de la Carolina.
Nº 290

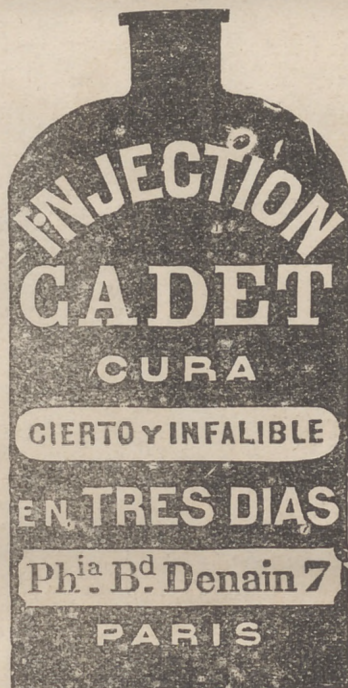
ESS-ORIZA
Perfumes concentrados.
Nº 162

Mándase franqueado à quien lo pida el Catalogo ilustrado.

RAMIREZ Y C.ª

FOTOGRAFADOS

DE



INJECTION CADET

CURA

CIERTO Y INFALIBLE

EN TRES DIAS

Ph.ª B.ª Denain 7

PARIS

Depositos en Manila: Jacob ZUREL; Teodoro MEYER y C.ª y en las principales Farmacias.

MÁTICO-SANTAL DUPERRON

Nueva fórmula de una eficacia cierta, suprime Copahu y Cubeba y cura radicalmente sin temor á la reincidencia, por su acción á la voz estimulante y antiséptica.

SE EMPLEA EL

MÁTICO-SANTAL solo ó en asociación con la **Inyección Verde**

Exigir la firma del Fabricante.

DUPERRON, Par.ª de 1.ª el 3.ª r. Calle des Rosiers, PARIS

Depositos en Manila: JACOBO ZUREL; T. MEYER y C.ª

ENFERMEDADES NERVIOSAS

CURACION INFALIBLE POR EL

JARABE HENRY MURE

Completo éxito según lo demuestran 15 años de experiencias en los Hospitales de París PARA LA CURACION DE

Epilepsia-Histérico	Convulsiones, Vértigos
Histero-Epilepsia	Crisis nerviosas, Jaquecas
Baile de San Victor	Desvanecimientos,
Enfermedades del Verebre y de la Medula Espinal	Congestiones cerebrales
Diabetis Azucarada	Insomnios,
	Espermatorea.

Se envia gratuitamente una nota instructiva é impressa, muy interesante, para las personas que la pidan

HENRY MURE en **PONT-SAINT-ESPRIT (FRANCIA)**

DEPÓSITOS EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS Y DROGUERIAS

JABON DE IXORA DE ED. PINAUD

PERFUMISTA DE PARIS

Untuoso, Delicado, Suave

Dotado de un Perfume penetrante.

El Jabon Ixora, suaviza y blanquea el cutis, conservandole una finura y un aterciopelado inalterables.

37, BOULEVARD DE STRASBOURG, 3.ª

PARIS



DIARIO DE MANILA

FUNDADO EN 1848

AÑO XLIX

DOMINGO, 14 DE JUNIO DE 1896

NUM. 24



JINETE MARROQUI

LAS CUENTAS DE SAN PEDRO

(CUENTO)

La del amanecer sería en el mundo, porque en el Cielo no hay horas, cuando San Pedro, después de dar dos vueltas á la llave de la puerta de oro y rubíes que cierra la entrada del Paraíso, se encaminó en derechura al despacho del Señor.

Muy caviloso debía de ir el Santo Portero, cuando apenas contestaba á las saluciones respetuosas que al pasar le dirigían ángeles, serafines y bienaventurados.

Anda que te anda, y sonando el llavero con la mano izquierda, con la derecha tan pronto se acariciaba la lengua y nevada barba, como la calva espaciosa y reluciente; indicios todos de grandes cavilaciones.

—Nada, es necesario—decía—que Su Divina Majestad me dé nueva pauta para ajustar la cuenta á los mortales; de otra suerte, no vamos á tener sitio en donde alojar á tanta gente.

Así, dándole vueltas á esta idea fija, el Príncipe de los Apóstoles se dejó atrás los diez millones de leguas que hay en el Cielo desde la portería al despacho.

El Señor, desde una inmensa terraza, contemplaba el mundo, que, desde aquellas alturas, parecía un trompo dando vueltas en medio de una gran plaza.

Cuando el Criador sonreía, satisfecho de su obra, el universo se iluminaba, como si á un tiempo encendiesen infinitas luces de bengala.

Cuando suspiraba dulcemente, el huracán embravecido conmovía cielos y tierra, y los mares—formados con la única lágrima que vertió el Señor por el pecado del primer hombre—se encrespaban furiosos semejando inaccesibles montañas de blanca espuma.

—¿Qué te trae por aquí, buen Pedro?—dijo Dios, fijándose en su Portero, que extático le miraba, arrojado sobre una nubecilla de color de rosa.

—Señor, un asunto de importancia.

—Habla.

—Como Vuestra Divina Majestad dispuso, tres son las virtudes que principalmente abren al hombre las puertas de esta mansión de delicias. La *Fé*, confianza en Vuestra infinita sabiduría; la *Esperanza* confianza en Vuestra justicia y misericordia, y la *Caridad*, fuente inagotable de vuestro amor, que brotó en la cima del Calvario, y que amenaza inundar estos reinos con gentes que, si *no creen mucho*, en cambio *esperan demasiado*.

—Explicáte, Pedro, porque, si bien alcanzo á dónde vas á parar, veo que no entiendes gran cosa de *partida doble*.

—Pues á eso voy. Vuestra Divina Majestad, al conceder á un corto número de criaturas el disfrute de la riqueza, determinó que fuesen á manera de administradores de los pobres, que son los más, y dijo á los primeros: «Lo que déis en mi nombre, pagado os será en el Reino de los Cielos.» ¿No es cierto, Señor?

—Ciertísimo, Pedro.

—Pues bien: sucede, que muchos ricos (que no se acuerdan de Santa Bárbara hasta que truena, y, sin embargo, confían en Vuestra infinita misericordia) dan limosna, de lo que les sobra. á cuanto infeliz ó vago de oficio se les acerca deteniéndoles con las palabras de ritual. ¡Una limosnita por amor de Dios!

Las más de las veces estos ricos socorren al pobre por quitárselo de encima, por vanidad, por costumbre... pocas veces por Vos. El pordiosero, ó el pobre de verdad, responde siempre: *Dios se lo pague, Dios le dé salud y se lo aumente de gloria*; lo que es muy cómodo para aquellos que cargan siempre en cuenta á Vuestra Majestad la limosna que reciben y no suelen agradecer.

—¿Y cuál es la consecuencia que tú sacas de todo ello?

—Esta, Señor, hombres, mujeres y niños ricos, de vida poco ejemplar, por tal sistema logran recibir los Sacramentos y su entrada en el Cielo con los muchos *Dios se lo pague* que Vuestra Majestad me ordena abonarles en cuenta, perdonándoles así grandes pecados, con todo lo cual se llenan estos reinos de gentecilla purificada, sí; pero de poco más ó menos, y va á llegar un día en que no podamos rebullirnos aquí arriba.

—Mira, Pedro—respondió el Señor afablemente—eso tiene fácil remedio. Si bien no te faltó razón en lo que dices, sucede también á menudo, que el rico, en vez de socorrer al pobre, le despide con un *Dios le ampare, hermano; Perdona por Dios... no llevo suelto...* y así por el estilo. Pues bien; estas partidas, que deben formar el *Haber* del que pide, hay que rebajarlas en la cuenta del que no dá. Mas claro: desde hoy, por cada *Perdona usted por Dios, hermano*, que diga un rico, le rebajas en su cuenta diez *Dios se lo pague*, de los que le dieron los pobres, y verás cómo así todo se arregla. Y ahora déjame: quiero visitar á mi Santa Madre.

San Pedro besó los pies del Señor, y se volvió muy contento á la portería.

Acababa de sentarse delante de su escritorio, sobre el que tiene siempre abierto el libro de *Cuentas corrientes*, en donde figura la de cada mortal por acciones buenas y malas, cuando llamaron á la puerta de oro y rubíes.

—¿Quién es? preguntó el Santo Portero.

—Soy yo, señor; Benicio, con su hija Inés, que acababa de morir de una fiebre maligna, y fué siempre muy devota de la Santísima Virgen—respondió desde afuera un ángel hermosísimo que llevaba de la mano á una niña rubia.

—Inesita ¿eh? Aguarda un poco mientras le ajusto la cuenta.

Y en tanto San Pedro hojeaba el gran libro. la niña parecía muy inquieta; recordaba que había sido un tantico avara y alguna vez sorda á los clamores del pobre que le pedía limosna tiritando de frío, mientras ella iba forrada de pieles.

Así es que, guareciéndoles entre las amplias vestiduras del ángel, aguardaba temblando á que San Pedro terminase la resta que hacía en una cuartilla de papel.

Por fin, el Portero cerró el libro de golpe, se pasó la mano por la barba y se dirigió hacia la puerta con serio continente.

Mucho siento decirte, mi buen Benicio, que Inesita no puede entrar en el Cielo; tiene quinientos *Perdona usted por Dios, hermano*, que invalidan los *Dios se lo pague* que le dieron los pobres socorridos por ella.

La niña rompió á llorar amargamente, y al ángel de

su guarda, que era Benicio, se le cayeron las alas de tristeza á lo largo del cuerpo.

—Por Ntra. Señora y Reina, señor San Pedro, déjela usted entrar, que Inesita fué muy buena y muy devota.

—No basta, hijo; en vez de comprarse tantas muñecas, debió emplear sus ahorros en socorrer á los pobres; yo cumplo las órdenes que del Señor acabo de recibir.

—Tenga usted piedad por esta vez y no desoiga mis súplicas.

—*Perdona, perdona por Dios*

—Misericordia, señor.

—*Perdona, perdona, perdona*—repetía sin cesar el Príncipe de los Apóstoles, paseándose delante de la puerta con las manos cruzadas sobre la espalda y sonando el llavero.

—*Perdona, perdona...*

Y fué el caso que, de pronto, sintió peso gravísimo sobre el hombro izquierdo: volvióse, no sin dificultad, y vió que era el Señor quien con su diestra poderosa le tocaba.

—Reforma tu cuenta, Pedro, sumando, á los *Dios se lo pague*, que tiene Inesita en su cuenta, todos los *Perdona por Dios*, con que respondiste á las súplicas de Benicio.

Y la puerta del Cielo giró inmediatamente sobre sus goznes de diamantes, y la niña, á quien crecieron de súbito alas como las del ángel de su guarda, tendió el vuelo y pasó rozando sobre la venerable cabeza del atónito Portero.

Cuentas son las de San Pedro, que todo buen cristiano debiera tener en cuenta.

EL CONDE DE LAS NAVAS.



LA SAGRADA FAMILIA
Cuadro del pintor alemán C. Müller.



CANCION HORRIBLE

Con ojos de furia, con lengua candente,
con garras de puntas de fiero puñal,
con marcha rastrera de rauda serpiente,
con hambre de carne, de huesos de gente.
en guerra va un mónstruo de horror infernal.

Do quiera que lucen de vida reflejos,
dirige sus ojos y escupe su hiel;
y abrasa de cerca, si hiela de léjos.
y hiere á los mozos, y niños, y viejos,
en todos saciando su instinto cruel.

El aire envenena con solo que escupa;
su hiel es ponzoña, su aliento es hedor;

y chupa hasta el llanto, despues que lo chupa,
cadáveres secos acientos agrupa
y en ellos revuelca su cuerpo y rencor.

Y vuelve á su guerra, pues nunca está inerte
el mónstruo manchado de azufre y betun;
y siempre más rudo, más fiero, más fuerte,
se ceba y arrastra despojos de muerte.
cual barre en su empuje la arena el simun.

Corriendo á nosotros el monstruo se arrima
desiertos dejando los pueblos en pos,
¡Huyamos á un monte! ¡al mar! ¡á una sima!
¡Que viene! ¡Que llega!... ¡Pardiez! ¡Ya está encima!
¡El cólera! ¡El cólera! ¡Ampáranos, Dios!

CECILIO NAVARRO.

EN EL CAMPO DEL HONOR



EL MÉDICO.—Va á llegar el momento verdaderamente solemne, señor de la Moillette... ¿Cómo se encuentra usted?... Véamos si hay fiebre, (le toma el pulso). ¡Qué ha de haber! Lo que hay es una espantosa alteración de todo el sistema nervioso... más de cien pulsaciones por minuto. Mal negocio, amigo... ¡Pero muy malo!

MOILLETTE. (haciendo un grandísimo esfuerzo para sonreír)—¡Qué quiere usted, doctor! La emoción es natural en el que por primera vez...

EL MÉDICO.—¡La emoción! ¡La emoción!... ¿Y quién le ha mandado á usted buscar estas emociones! Porque á la que ahora experimenta puede seguir otra más desagradable: la de recibir un balazo.

MOILLETTE.—Son muy halagüeños sus pronósticos, doctor.

EL MÉDICO.—A mí no me gusta engañar á nadie. Le digo á usted que cuando se carece de seguridad, lo más acertado es no provocar cuestiones.

MOILLETTE.—Yo no he buscado ésta, amigo mío. Fue Truffe, mi adversario, quien la provocó. Le explicaré la cosa en pocas palabras, mientras los padrinos se ocupan en los preliminares. Conocí á Truffe en el barrio latino, y pronto hubo entre nosotros grande intimidad; tanta, que me acompañaba muchas veces cuando yo iba á ver á mi novia. A ella le era muy simpático... tanto, que se escapó con él pocos días antes del señalado para nuestro casamiento... Ya comprenderá usted que esto me disgustó mucho; dije á todos los que quisieron oirme que si algún día encontraba á Truffe le haría saber cómo las gastaba el amigo de quien se había burlado. Pues bien, le encontré á los seis meses del hecho—anteayer por la tarde,—y sentí que una ola de sangre me subía desde el corazón á la cabeza. Me dirigí á él apretando los puños y exclamando: «Truffe te portaste muy mal conmigo... te digo que te portaste muy mal.» Y respondió: «Si te parece, entraremos en ese café; hablando y bebiendo se entienden los hombres»

Entramos en el establecimiento, y Truffe, oyendo mis quejas, en las cuales procuré usar un lenguaje comedido, se bebió una tras otra nueve copas de coñac y comenzó á insolentarse, sin que yo le diera motivo para ello.

—Después de todo—gritó,—soy yo quien debía pedirte explicaciones, porque tu novia, la mujer de quien me hiciste tantos elogios, resultó ser un camello, y ya comprenderás que vivir con un camello es poco agradable.

Escuchando sus inconvenientes frases, le miré asombrado, y él, sin más ni más, ¡plaf! me atizó una bofetada. En aquel momento, dominado por la ira, tembloroso, sin darme cuenta de lo que iba á hacer, cogí una botella llena de agua que estaba sobre la mesa... y vertí parte de su contenido en mi vaso. Ya ve usted que no pudo ser mayor mi prudencia. Hallábame desde luego, dispuesto á que las cosas no pasaran adelante; pero nunca faltan amigos que se meten donde no les llaman, y los míos, que se encontraban allí, intervinieron en el asunto... ¿Y para qué? Para demostrarme que era inevitable un duelo y para insultarme cuando les dije que no tenía yo la misma opinión. Y ya ve usted; se han salido con la suya.

EL MÉDICO.—Sí, ya lo veo. Lo difícil es que usted salga de este lance, porque con ese pulso... En fin, los preparativos han terminado. ¡Buena suerte, señor de la Moillette!

(Últimas formalidades. Los adversarios son colocados á igual distancia uno de otro, como decía cierto elegante escritor.)

UN TESTIGO.—Hagan juego, señores... Digo, prepárense señores... Una... dos... tres... ¡fuego!

(Suena el disparo del arma de Truffe.)

MOILLETTE (cerrando y abriendo los ojos repetidas veces.)—¡Estoy vivo, estoy vivo! (para sí). ¡Oh! debo ser indulgente con ese antiguo camarada, que está indefenso. (Con voz campanuda). ¡Truffe! el rencor es incompatible con la grandeza del alma... ¡Te perdono!.. Mira cómo correspondo á tus ultrajes. (Echa el brazo hacía atrás hasta colocar la pistola por encima del hombro; dispara... y mata al médico, que acababa de ponerse allí por creer que era el sitio más seguro.

GEORGES COUPELINE.

*Formula de la alquimia moderna
Trabaja siempre con las dos manos, y
gasta con una, y sacarás oro del tiempo.*

Hyemio Sella

EUGENIO SELLÉS

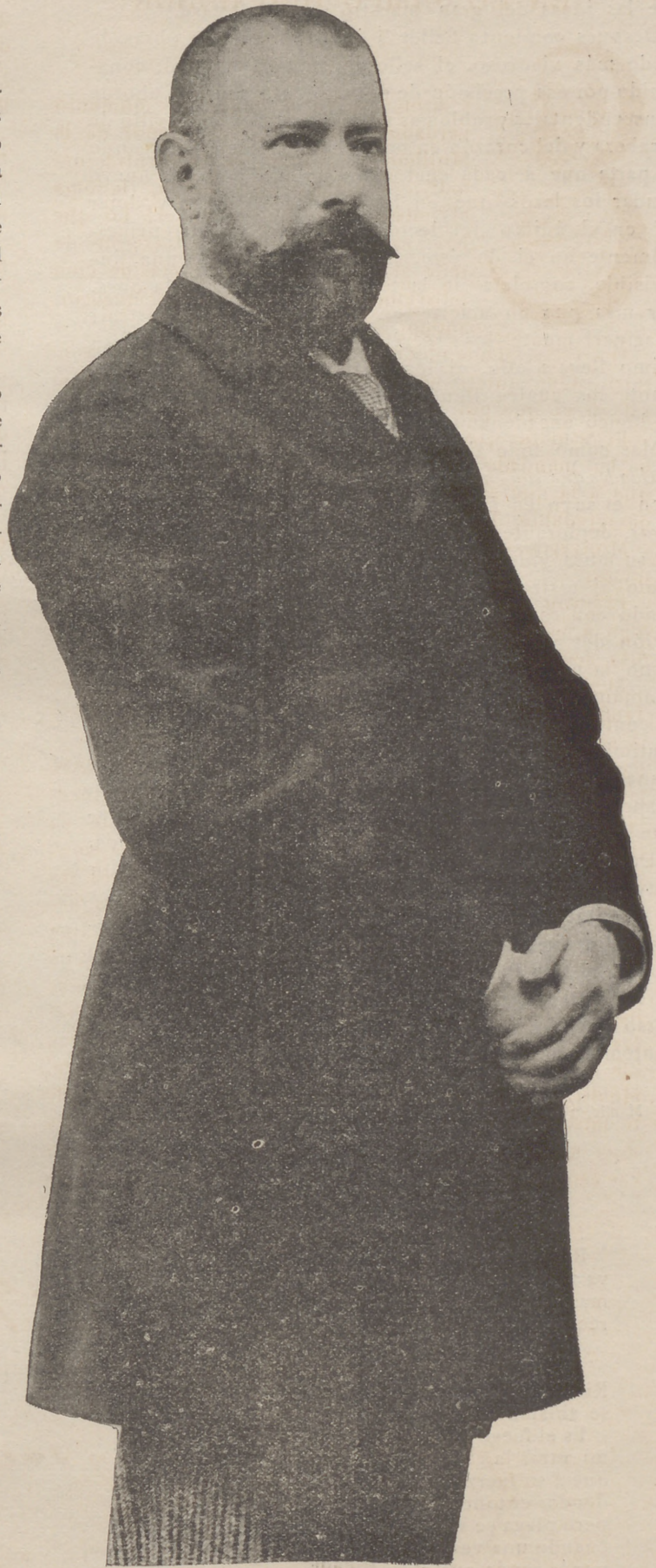


s indudable que los más conspicuos literatos de los que nos son contemporáneos tienen algo así como una fisonomía propia y especial, compuesta por mitad del carácter de sus obras y de la predisposición con que el público recibe los juicios y apreciaciones de los críticos acerca de la dirección y mérito de aquellas. Y entre estos que tienen fisonomía se cuenta Eugenio Sellés.

Ningun literato español hay de corte más correcto en el juicio público, más genuinamente académico, que el del dramaturgo que no ha mucho, al sentarse por primera vez en los sillones de la Academia, dedicó uno de los más maduros frutos de su talento á explicar y desentrañar la misión de periodismo en los modernos tiempos, correspondiendo al ocuparse de la Prensa, á lo mucho que la Prensa se ha ocupado de él, de su mérito, de sus dramas.

Porque, verdaderamente, pocos autores dramáticos, ni aun el mismo Echegaray, han sido tan discutidos como Sellés, cuya fama y cuyos prestigios literarios, eran exaltados una vez por público y crítica al mismo tiempo, para ser en seguida abatidos por ambas, ó aplaudido por uno y censurado por otra y vice-versa, con aquel empeño y ahinco que ya denuncia el verdadero mérito en lo discutido, sin dejar de revelar al mismo tiempo deficiencias grandes, oscuros excesivamente fuertes, vacíos completos, en cuya apreciación, por efecto de las circunstancias y por consecuencia de la distinta educación literaria, no se encontraban conformes. los mismos que se complacían en reconocer lo brillante de la concepción, el atrevimiento de la forma, la exhuberancia de la poesía con sus amplias y sonoras estrofas de una hermosura y pulcritud clásicas, y el atildamiento de su prosa, en cuyos magistrales párrafos, candenciosos, eslabonados con enlaces castizamente españoles, sin repetición y sin pesadez, pero también sin incoherencia y sin vaguedad; párrafos dignos de nuestros buenos prosadores del pasado y poesía propia de nuestros buenos poetas del presente, en los cuales modelaba pensamientos que, dichos veinte años antes de aquel momento, le hubieran valido general reprobación, y leídos veinte años después le merecen general estima y espontáneo aplauso, si no por la crudeza con que los profiere por las verdades que consigna.

Su teatro, desigual en valor y tendencia, es nacido en la escuela de Echegaray, escuela de verdaderos alientos, en la que tal vez solo descuella además del autor del *El maestro, nudo gordiano*. Formado el talento de Sellés en un momento de lucha entre las antiguas y las nuevas ideas y teorías, los antiguos y los nuevos principios y sistemas, su espíritu eminentemente observador y profundamente crítico no había menester consejo ni ejemplo para abrazar lo más progresivo, aquello que merece marcar un jalón más avanzado en la senda que recorre la Humanidad; pero en la forma, en el modo de verter á la realidad sus con-



cepciones y sus demagógicas ideas no podía menos de seguir la ruta recién indicada, la única posible en aquel entonces, la abierta por Echegaray, á cuya influencia colosal, á cuya inmensa fuerza de atracción era difícil que se sustrajera ningun autor por muy in-

dependiente y original que fuese, por muy refractario que las ideas del gran maestro se manifestase.

Después comienza Sellés á imprimir en sus obras de modo más vigoroso, el sello de su personalidad, constituido por esa precisión de pensamiento con que aborda transcendentales problemas y los resuelve con auxilio de la cabeza y del corazón en perfectísima unión, desligando la parte que á cada cual corresponda para de nuevo anudar los lazos que en la realidad los unen y dejar así en el ánimo del lector ó del espectador, principalmente en el de éste, la convicción total, una, indivisible, completa de la tesis demostrada en la obra, por más que no acierte en su interior á reconstruir imaginariamente los secretos caminos por donde su ánimo llega a ello, ni los ocultos procedimientos mediante los cuales llenó lagunas inmensas abiertas en el lógico encadenamiento de las deducciones.

Mas como todo tiene su reverso, el ilustre autor de *Maldades que con justicia*, y de *El nudo gordiano* tiene también el suyo en *Las esculturas de carne* y en *Las vengadoras*, deplorables extravíos de su musa y aun más que de su musa y de su intención, de la manera de entender cómo el teatro obra en el alma del espectador, creyendo con candidez inverosímil que la sola representación del vicio ha de mover á amar la virtud tanto como la presentación de esta, perseguida, oprimida ó triunfante, pero siempre amable y amada por el que la contempla, porque en ayuda de aquella vienen los sentimientos é ideas nobles del hombre, mientras permanecen inactivos los deseos é instintos groseros, que, despertados por la exposición desnuda del vicio, anularían y seguramente anulan el buen influjo de aquellos.

Dejando aparte estas obras de oportunidad y valor muy discutible, en el resto del teatro de Sellés hemos de admirar la profundidad é importancia del pensamiento capital, el torrente de purísimo sentimiento que camina al par del torrente de solidísimos raciocinios, la corrección, la tersura de la prosa, y la riqueza del verso que lo hacen uno de los primeros maestros contemporáneos de la forma castellana.

GRANADA.

Manila, 13 de Junio de 1896.

LA CAMPANA

Bien se parte la escoria recogida:
ya principiar la fundición se puede;
mas antes que la masa libre ruede,
récese una plegaria con fervor.

Dad al metal salida.

¡Dios un estrago impida!

Río humeante, negro de color,
se abisma en el canal abrasador.

Es el fuego potencia bienhechora
mientras la guía el hombre y bien la emplea,
que á su fuerza divina auxiliadora
deudor entonces es de cuanto crea;
pero plaga se vuelve destructora
cuando una vez de sus cadenas franca,
por la senda que elige libre arranca,
y avanza con fiereza
salvaje de cruel naturaleza

¡Ay si sacude el freno, y ya no hallando
quien resista sus ímpetus violentos,
en apiñada población derrama
incendio asolador inmensa llama!

Guardan los elementos
rencor á los humanos monumentos
La misma nube cuyo riego blando
los perdidos verdores
devuelve á la pradera que fecunda,
rayos también arroja furibunda —
¡Escucháis en la torre los clamores
lentos y graves que á temor provocan?
No hay duda: á fuego tocan.
Sangriento el horizonte resplandece,
y ese rojo fulgor no es que amanece.
Tumultuoso ruido
la calle arriba cunde,
y de humo coronada
se alza con estallido,
y de una casa en otra se difunde,
con el viento veloz, la llamarada,
que en el aire encendiendo
sofocador bochorno,
tuesta la faz cual bocanada de horno.
Las largas vigas crujen,
los postes van cayendo,
saltan postigos, quiebranse cristales,
llora el niño, la madre anda aturdida,
y entre las ruinas azorados mugen
mansas reses perdidos animales.
Todo es buscar. probar, hallar huida,
y á todos presta luz en su carrera
la noche convertida
en día claro por la ardiente hoguera.
Corre á porfía en tanto larga hilera
de mano en mano el cubo, y recio chorro
en empinada comba
lanza agitando el émbolo. la bomba.
Mas viene el huracán embravecido:
el incendio recibe su socorro
con bárbaro bramido,
y ya más inhumano
cae sobre el depósito indefenso
donde en gavilla aún se guarda el grano,
donde se hacina resecado pienso;
y cebado en aristas y maderas,
gigante se encarama á las esferas
como en altivo alarde
de querer mientras arde
no dejar en el globo en que hace riza
sino montes de escombros y ceniza.
El hombre en esto, ya sin esperanza
se rinde al golpe que á parar no alcanza,
y atónito cruzándose de brazos,
vé sus obras yacer hechas pedazos.

JUAN EUGENIO HARZENSBUCH.

MIS PENAS

Pasa fugaz la alegre primavera
rosas sembrando y coronando amores,
y el seco estío, deshojando flores,
haces apiña en la tostada era.

Mas la estación á Baco lisonjera,
torna á dar vida á campos y pastores;
y ya el invierno anuncia sus rigores
al tibio sol menguando la carrera.

Yo una vez y otra vez ví en Mayo rosas,
y la mies ondear en el estío;
ví de otoño las frutas abundosas
y el cielo estéril del invierno impío.
Vuelan las estaciones presurosas...
¡Y sólo dura eterno el dolor mío!

FRANCISCO MARTÍNEZ DE ROSA.

CANTARES

Tus miradas me fascinan
y me embriaga tu aliento,
por eso llevo tu imagen
grabada en el pensamiento.

— Mi pobre madre al morir
me dijo dándome un beso:
— ¡A Dios le entrego mi alma
y á tí el querer de mi pecho!

— ¡Qué dulce es la libertad,
decía un preso cantando:
Yo en cambio digo: ¡qué amarga,
cuando se vive penando!

— Siempre nombro en mis cantares
á la madre de mi alma:
como á ella le debo el ser
cruel sería el olvidarla.

— ¿Lloras porque te desprecia?
¡Qué bien decía tu madre,
que flor que pierde el aroma
es vil diversión del aire!

— Aparta de mí tu frente,
que temo, en ella al besarte,
mancharla, si aun está pura,
y si no lo está, mancharme.

— Yo le he preguntado á un sabio
Cómo se olvida un amor,
Y el sabio me ha contestado:
— ¡Ay, si lo supiera yo!

— Dime cómo son los ángeles,
Porque tu debes saberlo;
¡Bellezas como la tuya
Sólo nacen en el cielo!

— Al rayar la luna
te ví á la ventana,
y me dije: ¡qué hermosa sería
teniendo otra alma!

— He llegado á convencerme,
de que vivir no podría
si dejases de quererme.

— En tu corazón de roca
sólo hay fiereza y veneno,
mas yo á pesar de esas faltas
más que á mi vida te quiero.

— Porque anoche no vine,
Te has ofendido;
Ya no siento yo tanto
No haber venido.
Pues satisfecho
De que tú lo sentiste,
Menos lo siento.

G.

¡Á CADIZ!

(RECUERDOS DE ESPAÑA.)

V. y último.

En el mar.—A bordo del *Pelayo*.—Pólvora en salvas.

A las dos, después de una hora de travesía á remo, porque la tarde estaba en calma, atracó la lancha que me conducía á la escala de babor del *P. layo*, después de haber dado la vuelta por su popa; lo que me prestó ocasión de contemplar su panza de acero, especie de colosal é inmóvil isla de roca negra sobre la que se alzaban castillos enormes como fortalezas de la edad media, más arriba de los cuales se per-

dian, allá en el cielo, el cordaje y los palos con sus cofas almenadas.

No era (por razón de estarse alistando el *Pelayo* para la marcha) la mejor ocasión de recibir visitas de curiosos; pero un distinguido marino, á quien hice presentar mi tarjeta de corresponsal, tuvo la galantería, no solo de permitirme la entrada, sino de ofrecérseme como *cicerone*. Con él empecé á recorrer el interior del buque. Y fortuna fué, porque, sin sus explicaciones, me hubiera valido de poco, lego en la materia, toda investigación realizada por mi cuenta.

Es aquello un soberbio alcázar de la guerra en que la ciencia moderna ha depositado todas las maravillas del humano ingenio. La primera impresión al verse sobre la cubierta, 105 metros de larga por 30 de an-

E. Rosende Ferrer

L.R.

cha, en que el laberinto de torres giratorias y monstruosos cañones y aparatos mil, deja holgado espacio para toda clase de maniobras de los 600 hombres que tripulan la nave, es la de una babel indescifrable; y cuesta mucho comprender cómo allí nadie se entiende, entre tanto ruido, entre tanta gente y entre tanta máquina extraña que á la vez solicitan la atención por todas partes.

Pero, cuando tras de atravesar una dilatada estancia donde come la marinería y ascender por una escalilla de hierro se encuentra uno en el *blokaus*, sobre el puente bajo, la impresión de barullo es repentinamente sustituida por otra de asombro y de admiración. Estaba en una pequeña cámara desde donde el comandante sin molestarse puede apreciar cuanto le importa relativo á la marcha del barco. Desde ella, con aparatos ingeniosísimos, trasmite sus órdenes á las dos máquinas Múltiples teléfonos, reforzados con micrófonos, y tubos acústicos, le comunican con todo el personal de servicio; y un aparato de señales, sistema del capitán de fragata español Sr. Ardois, le sirve, sin más que abrir ó cerrar el circuito por un modo parecido al del manipulador telegráfico de cuadrante, para encender ó apagar una serie de farolillos eléctricos de cristales, blancos ó rojos que en el palo de proa constituyen el telégrafo óptico. Dos cañones *Nordenfell*, de tiro rápido, y varios cañones revolver sistema *Hotchkiss* artillan las bandas de esta parte. En el puente alto, al pié de las brújulas *Hounsons*, vense dos potentes proyectores giratorios *Mangin* de luz eléctrica, que con otros dos, situados á proa y popa, iluminan el mar en un radio de algunas millas.

Ni lo anteriormente mencionado ni el confort del buque en los camarotes de los jefes, admira tanto, sin embargo, como sus grandes aparatos de guerra. Hecha excepción de la pequeña artillería de tiro rápido y sistema revolver, tiene el *Pelayo* doce cañones *Hontoria* de 12 centímetros en las baterías y otro de igual sistema y de 16 en la proa, que fueron construidos en el arsenal de la Carraca. En las torres lleva un *Hontoria* en cada una de las de proa y popa, de 32, y de 28 en cada una de las de babor y estribor. Los aparatos de puntería, carga y descarga de estos cañones, son movidos por fuerzas hidráulicas, bien necesarias, ciertamente, para levantar proyectiles de 480 kilogramos y su correspondiente ración de pólvora con peso de 250. Cada disparo cuesta... ¡mil duros! Vamos, que no me vendrían mal seis ú ocho cañonazos.

—Son de un español, de González Hontoria. Nosotros no tenemos para qué recurrir á los *Armstrong* del *Drullio* y del *Dandolo*.—Dijo con satisfacción patriótica mi galante guía, mientras me enseñaba el cierre de un cañón y las bombas de glicerina del montaje. Proceden de la fábrica Nacional de Trubia, honra del cuerpo de Artillería.

Bajamos al sollado y me hizo ver los siete tubos lanza-torpedos y las curiosas maquinarias de carga de aire comprimido de estos proyectiles, cada uno de los cuales importa un caudal y cuya eficacia es, no obstante, muy dudosa, pues, á lo menos el *Pelayo* se defiende de estas armas formidables con una red de malla de acero, que arrollada á su coraza, siempre está pronta para ser lanzada al agua por medio de

potentes árboles giratorios, formando una muralla submarina de protección á distancia, en que explotaría la punta del torpedo. No es, por lo visto (no por la que ví yo antes de mi visita al buque sino por lo que ví algunas tiempo después, en Trubia, y que referí oportunamente en el *Heraldo de Madrid*: la rotura en cien pedazos de placas de blindaje más gruesas que las del *Pelayo*, por el efecto de un disparo con cañón *Ordóñez* de treinta y medio y proyectil endurecido, cuya punta quedó sin la menor deformidad después de atravesar las placas); no es, digo, buena defensa todavía el blindaje del casco, que como el de las cuatro torres rotatorias tiene 45 centímetros de espesor. ¡Parece mentira que un barco forrado con planchas de acero de casi medio metro pueda flotar, y tener además una marcha de 12 á 17 millas!

—Sabe V. cuánto pesa el hule de este piso (el sollado)?—preguntó sonriendo mi ilustradísimo é infatigable guía.

—¿Cuánto?

—Setenta mil kilogramos; y de tubería se dice que hay en el barco unos ocho kilómetros.

Y añadió:

—Pero no diga V. nada de eso en los periódicos, porque yo no garantizo su exactitud. Se dice á bordo... y nada más.

—Cuánto ha costado el buque?—pregunté á mi vez.

—Veintidos millones de pesetas.

—¡Diablo!—dije por todo comentario. Y un cañonazo disparado junto á mi (*toque* de silencio, si no recuerdo mal) me hizo notar que llevó cinco horas á bordo, tomando notas y mareado con tanta y tanta cosa nueva y tantísimo detalle como me llamó la atención en aquel castillo de ochenta y ocho millones de reales...

Cuando regresé al puerto era de noche.

Al día siguiente, desde el mirador del hotel, ví la salida de la escuadra española. Primero saludó á la plaza con quince cañonazos; Cádiz respondió con otros tantos. Luego saludó de igual modo á la escuadra inglesa (surta en bahía), y ésta consumió también unas cuantas arrobas de pólvora de... la reina. Las aguas del puerto se llenaron de humo. El *Pelayo*, delante de la *Castilla*, de la *Navarra* y del cañonero *Co odri'o*, cortaba las olas gallardamente.

Los seguí hasta perderlos de vista en la neblina espesa de la tarde. ¡Qué imponentes aquellos inciertos caminos del Océano que yo había de cruzar también!...

FELIPE TRIGO.

Ma:zo, de 1896.

LA VIUDA Y EL FILÓSOFO

DOLORA.

Ella:—Muerto mi bien, me matará la pena,

El:—¡Ay! ¡cuánto envidia ese dolor mi hastío!

Ella:—¡Urna de mi corazón, de polvo llena!

El:—Mi pecho es un sarcófago vacío.

Ella:—¡No hay suerte tan cruel como mi suerte!

El:—¡Dichosa la que amó y ha sido amada!

Ella:—¡Hoy en mi corazón reina la muerte!

El:—¡En el mio es peor, reina la nada!

R. DE CAMPOAMOR.

DUERME.

Dúermete niña
dúermete alegre,
duerme tranquila
no te despiertes.
Deja que amante
tus ojos cierre,
que con mis labios
tus labios bese
y con mis manos
tu pelo arregle;
¡ay! nunca hermosa
tus sueños dejes
por ese mundo
que no comprendes,
pues que durmiendo
nada se siente.

Forja en el sueño
dulces placeres
antes que triste
sufras y penas.
El mundo solo
lágrimas tiene
que las sonrisas
dulces y alegres
como las nubes
se desvanecen
y en el espacio
presto se pierden,
pero durmiendo
nada se siente,
por eso niña
no te despiertes.

Dulce es el sueño
si se padece,
mas, ¡ay! que entonces
nunca se duerme!

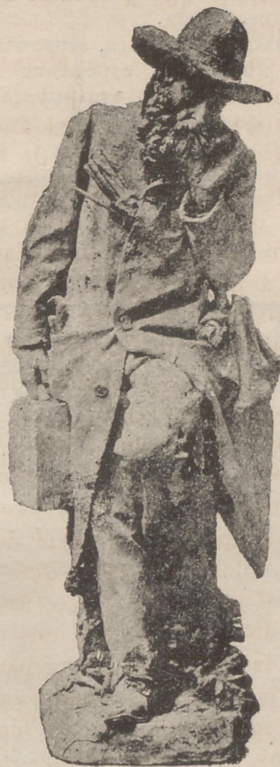
Feliz tu, niña,
porque aun no tienes
ninguna pena
que te desvele;
¡con qué dulzura
tranquila duermes!
Pero si acaso
pesares temas
en ese mundo
que ya presientes,
niña querida,
no te despiertes.

Si yo durmiera
como tu duermes
mis tristes noches
fueran alegres,
pues en el sueño
nada se siente;
pero es inútil
que al alma hieren
horribles penas;
mis dichas breves
¡ay! se fundieron
como la nieve
y no es extraño
que me desvele,
pues se alejaron
y ya no vuelven.

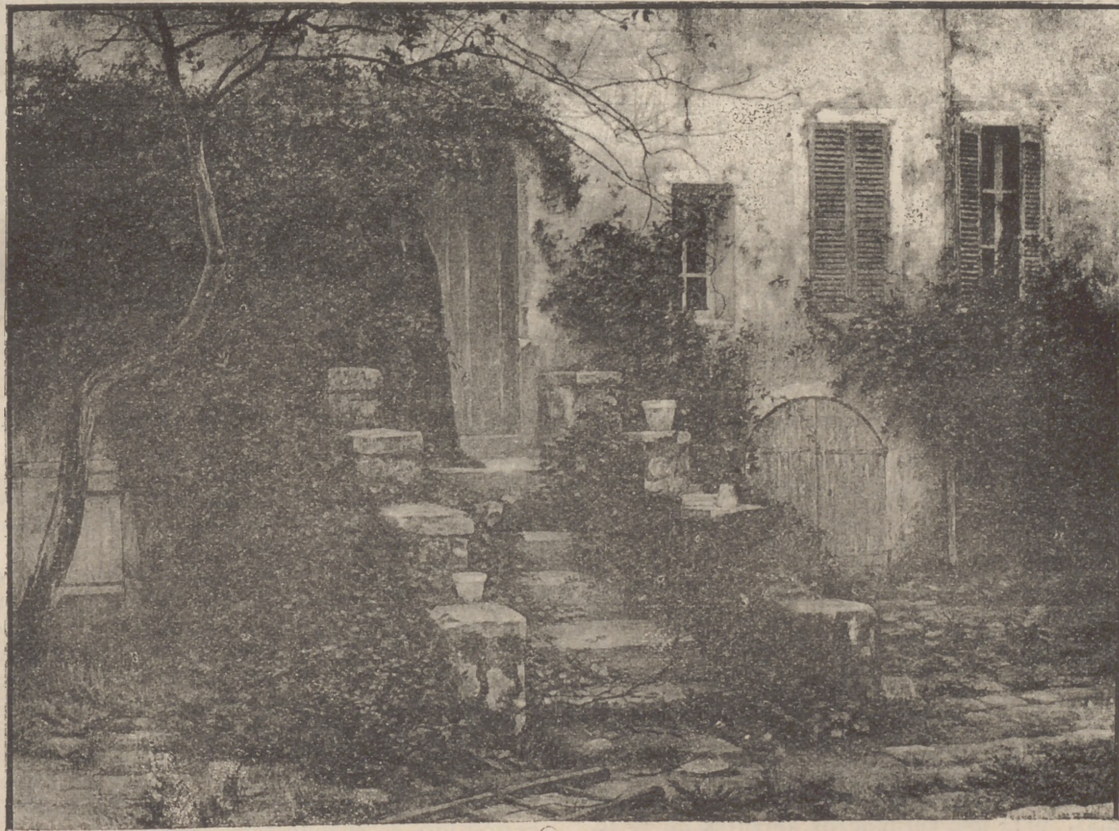
Dormir quisiera
en tumba alegre,
bajo la sombra
de los cipreses,
lejos del mundo
que nada siente,
donde sus ecos
se desvanecen
y nada llega
de sus placeres;
pues no es extraño

que triste piense,
ya que la vida
nada me ofrece,
en el reposo
que da la muerte.

JOSÉ TORAL.



EN EL PARDO
Escultura de Alcoervero



LA CASA ABANDONADA

JAVI PIÑONES

Fue muy comentada en todo el barrio la desaparición del chicuelo de la piñonera. Salió una tarde de su casa, no se sabe hacia qué parte, pues distribuía sus diabluras en todo el radio de Madrid, y después, nada.

Le buscó su madre, durante la noche entera, inútilmente; abrigó la esperanza de que pareciese en la mañana inmediata, tampoco; y así se fueron pasando días sin que Javi Piñones regresara al hogar doméstico de la guardilla materna.

La seña Eustaquia, la piñonera, lloraba á más y mejor, refiriendo el caso á todos los que se aproximaban

á su puesto callejero de piñones, almendras y demás apetitosas menudencias; un hijo tenía, nada más que uno, Javier ó Javi, como le llamaban en el barrio, con el sobrenombre de Piñones, en razón al comercio transmitido en su familia de padres á hijos, sin que la ley desvinculadora se enterara en ello; y aquel desgraciado, víctima tal vez de alguna bribonada de gitanos, andaría sabe Dios por dónde y de qué manera, si no se lo habían muerto para sacarle las mantecas, que el chico estaba gordo y robusto porque comía como un lobo.

La pobre mujer, que también era gruesa y robusta, rompía á llorar sobre sus piñones, limpiándose después las lágrimas con el dorso de la mano, y, pagado aquel tributo al amor maternal desgraciado, llenaba la medida que se le había pedido, cobraba los céntimos,



LA FERIA DE SEVILLA

volvía á sentarse en la desvencijada silla que le servía de trono en el puesto callejero, y gritaba pregonando su mercancía:

«¡La piñonera, piñones!»

★
★★

Javi Piñones, en la época de su desaparición, tenía catorce años y muy buenos puños. Le entusiasmaba la libertad, odiando, por consiguiente, la esclavitud del puesto materno. Conocía los rincones de todos los desmontes de los alrededores de Madrid, y á veces se jugaba en ellos diez céntimos á los prohibidos. Andaba siempre muy derrotado de ropa, y no porque la seña Eustaquia no se desviviera por la decencia de su único hijo; mas, para los verdaderos amantes de la libertad no hay aguja que baste; un girón llama á otro

girón, y la camisa sale, al fin, por ellos, pregonando las amplias y descentralizadoras ideas de su dueño.

El sol y el viento habían curtido la cara de Javi Piñones, que era rubio de nacimiento y moreno de profesión, sucediéndole también algo de esto bajo el punto de vista moral; quiero decir, que había nacido con alma de angelote, haciéndose pilluelo de oficio, y de este contraste resultaba un Javi Piñones travieso, como el muchacho que más, y buenazo en el fondo, cual otro ninguno. Su fuerte era la gimnasia, esa gimnasia, espontánea que pone á los chiquillos en dos manos sobre el suelo y con las piernas en alto, habilidad que se aprende amparándose primero en el sostén de una pared, y apartándose de toda ayuda una vez concluido el aprendizaje.

Javi frecuentaba también una especie de estercolero



Ernesto Gutierrez

UN MONAGUILLO APUNTE DE ERNESTO GUTIERREZ

que hay en el Retiro; una hondonada donde se hacían las hojas secas que barren de los paseos los guardas, constituyendo este lecho de podredumbre un magnífico salón gimnástico, muy conocido por todos los gateras de esta honrada villa. ¡Cuántos han aprendido allí á dar saltos mortales! ¡Parece aquello una sucursal de Esparta, pasando por el barrio de las Peñuelas! ¡Y que no podrían apostarlas esos lacedemonios de los barrios bajos á los espartanos de verdad en punto á ligereza de movimientos y seguridad en las caídas!

Pues bien; Javiera, como si dijéramos, el primer ciudadano de aquel estercolero; sus volteretas se citaban como ejemplo y se estudiaban con admiración; apenas aparecía él en el terreno, todos los demás suspendían sus trabajos gimnásticos en señal de respeto: cediéndoles la dirección de los ejercicios y consultándole los casos dudosos, no sin alargarle una colilla como muestra de reconocimiento, salvo los discípulos muy aventajados, que éstos cumplían con dejarle dar dos chupadas, sin transferirle la propiedad del *todo*. En fin, ello es el caso que, un día sí y otro no, volvía Javi á su casa cubierto de laurel, pero sin gorra, con gran desesperación de la seña Eustaquia, cuyos piñones no bastaban para cubrir la cabeza de su hijo. ¡Quién le había de decir que éste desapareciera, al fin, como sus gorras! ¿Puede haber en el mundo piñonera más desgraciada? Pues lo dejo á la consideración del lector.

Seis años, día por día, pasaron sin que la seña Eustaquia tuviese la menor noticia de su hijo; le daba por muerto y todas las noches rezaba por él un Padre Nuestro y un Ave María. Las comadres de la vecindad le animaban, asegurándole que por fin había de parecer, y quien sabe si volviendo de Indias, con un ciento de onzas en cada bolsillo. Así como síntesis de sus esperanzas, decían á la seña Eustaquia que tuviese valor, porque cosa mala nunca muere, y la piñonera, que adoraba á Javi, convenía en ello y luego mudaban de conversación.

No es esto decir que la seña Eustaquia tuviese constantemente en el alma aquella pena, hasta el punto de no lograr distraerse de ninguna suerte; una noche, por ejemplo, le invitaron unas vecinas á ir al Circo de Verano, y ella, defiriendo galantemente á la invitación, les entregó dos reales en perros para su billete y fué. Llegaron, como es natural, antes de la hora señalada para la función, consiguiendo, de este modo, ocupar un magnífico sitio en esas gradas de madera, donde los ánimos sencillos llegan hasta á hallar graciosas las ocurrencias de los clowns, mientras la gente que ocupa las sillas y los palcos bosteza, con la boca en forma de aro, para estar en carácter con el espectáculo.

Noche debía ser aquella de grandes acontecimientos artísticos, cuando el circo se llenó de bote en bote, mientras la seña Eustaquia y sus compañeras se reían á mandíbula batiente de los gestos que hacía el director de orquesta, procurando unir en un acorde los violines y las trompas. Por fin, después de la malograda sinfonía, dió principio el espectáculo. No referiré, número por número, las emociones de aquellas honradas hembras del tendido, y menos me atrevería á concretar las de la seña Eustaquia, que se durmió en el preciso instante en que una amazona hacía cambiar, por vigésima vez, de paso al caballo que montaba.

Terminó la primera parte: y, al ruido de los espectadores que se levantaban de sus respectivos asientos, despertó la seña Eustaquia; miró asombrada en derredor, exclamo ¡ah, sí! al darse cuenta de donde estaba, y volvió á cerrar los ojos.

**

Soñó, sin estar completamente dormida: soñó una



ENSEÑAR CON EL EJEMPLO.—CUADRO DE N. ROMERO OROZCO.

VISTAS DE ESPAÑA



ZARAGOZA. — ESCLUSAS DEL CANAL IMPERIAL (CASA BLANCA).

cosas muy raras; primero, que la cogía un pájaro muy grande con el pico y se la llevaba volando.

Subía y subía, sintiendo correr por su rostro espesas gotas de sudor, que real y efectivamente corrían por él; cuando ya estaba á una inmensa altura, vió un ángel, todo de oro, que resplandecía como el sol.

Se aproximó al ángel y éste le preguntó que había hecho de la gorra, chocándole á la señá Eustaquia que los ángeles crean que las mujeres llevan gorra; por lo cual, le contestó ella que más le valía ir á cuidarle el puesto de piñones que no andar, como un pilluelo, corriendo por aquellas alturas. El ángel hizo un gesto de desdén y empezó á caminar por un alambre muy delgado, mientras que ella, sin haber descendido aparentemente, se encontraba de pronto sentada en la silla de su puesto y mirando hacia arriba.

El alambre cruzaba la calle, desde un tejado hasta el opuesto, y el ángel estaba en medio, guardando perfectamente el equilibrio, pero sin atreverse á seguir adelante...

Mientras tanto, había aparecido en la pista el famoso gimnasta, cuyo debut anunciaron con tal lujo de epítetos los carteles del Circo. Era un jóven de unos veinte años de edad, rubio, muy peinado; una cara simpática y un aspecto franco y decidido. Aprisionaba su cuerpo, ligero y varonil, una malla de seda cuajada de lentejuelas de oro y plata, que deslumbraban con movibles reflejos al ser heridas por la luz del gas.

Hizo un saludo al público, y empezó su ascensión hacia el aparato donde iba á trabajar, que estaba colocado muy cerca del techo del circo; ¡horrorizaba pensar que pudiera caerse desde aquella altura! Una vez en lo que los carteles llamaban barras aéreas, volvió á saludar el gimnasta y se dispuso á comenzar sus ejercicios.

Reinaba un silencio sepulcral; la música no acompañaba con sus acordes aquellos peligrosos trabajos; todas las miradas de los espectadores estaban fijas en el animoso gimnasta; latían apresurados muchos corazones, previendo una catástrofe; nada de esto sucedió, al menos en el primer ejercicio.

La salva de aplausos que atronó el circo despertó á la señá Eustaquia estremecida. El gimnasta púsose de pié en una barra para alcanzar, dando un salto inmenso y peligrosísimo, la otra, y la mirada de la señá Eustaquia, siguiendo la dirección de todas las demás miradas, se fijó en él. Levantóse rápidamente, pálida

como un cadáver, extendió los brazos como queriendo alcanzar con ellos al gimnasta, cayeron más espesas las gotas de sudor por su frente, y después de grandes esfuerzos, que amorataron su rostro, ¡Javi! gritó, ¡hijo mío! con tan desgarrador acento que se estremecieron todos al oírlo.

Tembló el gimnasta, pasando, al temblor de su cuerpo, una oleada de luces por las lentejuelas de su malla, y después de vacilar un instante perdió su cuerpo el equilibrio sobre la barra y cayó pesadamente desde aquella inmensa altura.

**

Pero como odio los finales tristes y me atengo siempre á la realidad, justo es que sepan los lectores que, unos instantes después, estaba, Javi Piñones en los felices brazos de su madre.

Al presenciar aquella tierna escena, un clown lloraba y otro se reía; que no hay cosa en este mundo que no haga llorar á un clown y reír á otro.

Este mismo cuento, sí, este mismo cuento puede satisfacer el diverso gusto de los lectores, procurándoles, á su albedrío, distintas emociones; yo he puesto una red protectora á la caída de Javi Piñones; aquellos que no estén conformes con este final que le quiten, y entonces, ¡pobre señá Eustaquia!

JOSÉ DE ROURE.

PASATIEMPOS

Un sujeto muy calmoso queda cesante. El hombre no se apura y pone en movimiento sus buenas relaciones para que le den otro empleo.

—¿Y qué va usted á hacer ahora?—le pregunta un conocido.

—No lo sé—replica con cachaza.—Mis amigos buscan por ahí...

*

**

Bebé y la niñera:

—¡Mira, qué pájaro tan hermoso!

—Muy hermoso, porque jamás llora como tú.

—Ya lo creo, ¡cómo que no le lavan ni peinan!

Hablando de un baile, un cronista publicaba, por orden alfabético, una lista de señoras que habían concurrido á la fiesta, y añadía:

«También estaban allí, además de las señoras que hemos citado por *orden cronológico...*»

FRASE HECHA



Entre amigas.

—¿Sabes que en esta última semana he tenido nada menos que dos proposiciones de matrimonio?

—¡Cuando me alegro!... Entonces es verdad que has heredado...

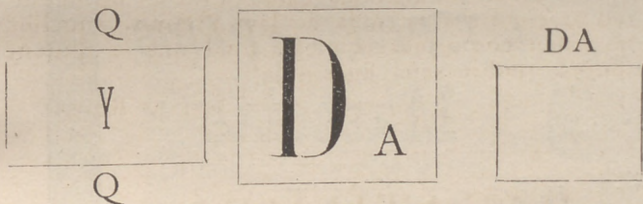
*
**
¡Bueno será que al cabo
De tanto tiempo,
Me digas que has mudado
De pensamiento!
Mas si así fuese,
Yo seré el ganancioso;
Tú la que pierdes.

En un examen de Táctica:

El profesor.—Puesto el regimiento en orden de batalla, ¿dónde se coloca el abanderado?

El alumno.—En su sitio.

JEROGLIFICOS



—Mi cara es mi fortuna—decía presuntuosamente una joven.

—¡Qué pobre debe usted sentirse!—le contestó, con tono compasivo, una amiga.

Entre pintores.

—¿Qué mandas á la Exposición?

—Una Venus.

—¿De frente ó de espalda?

—Vista por ambos frentes.

—¿...?

—Sí; gracias, á un armario de luna.

CHARADA

Era un *todo* muy *dos cuatro*,
que viajaba por Valencia,
y atravesar deseaba
el *segunda* con el *tercia*;
al ver un *primera cuatro*
en una *cuatro* con *tercia*
lo soltó muy decidido,
y montó picando espuelas.

*
**
El director de una cárcel pregunta á un reo que está en capilla si desea algo.

—Si, señor; quiero melocotones.

—¡Melocotones! Pero hombre, si estamos en Enero y hasta Julio no hay.

—Bueno. Esperaré.

En la iglesia.

—¿De quién es esa *Ave Maria* que han cantado?

—De Gounod.

—¿Y la letra?



COCINA

Almuerzo de familia.

MINUTA

«Horsd'œuvre.»—Pies de cerdo rellenos de trufas.—Pescadillas con hierbas finas.—Chuletas de carnero guarnecidas de patatas.—Pollo asado.—Ensalada.—Postres

SOLUCIONES

A LOS JEROGLÍFICOS: *Zetáceo. Anteponer. Interesante.*

ENFERMEDADES de los NIÑOS
RABANO IODADO
de GRIMAULT Y C^{ia}

Este Jarabe más activo que el Jarabe antiescorbútico, excita el apetito, disuelve las glándulas, combate la palidez y la flojedad de las carnes, cura el gurmio, las costuras de leche, las erupciones del cutis. Esta combinación vegetal, esencialmente depurativa, se tolera mucho mejor que los ioduros de potasio y de hierro.

Deposito e las Farmacias de Filipinas



Inofensivo, suprime el Copéiba, la Cubeba y las Inyecciones Cura los flujos en 48 horas. Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria.

Deposito e las Farmacias de Filipinas

ASMA - OPRESIÓN

Los Cigarrillos Indios de Grimault y C^{ia} son el remedio más eficaz que se conoce contra el Asma, la Opresión, el Insomnio, el Catarro, y para facilitar la Expectoración.

Deposito e las Farmacias de Filipinas

Enfermedades del Pecho
JARABE DE HIPOFOSFITO DE CAL
de GRIMAULT Y C^{ia}

UNIVERSALMENTE recetado por los médicos, es de gran eficacia en las *Enfermedades* de los Bronquios y del Pulmón; cura los Resfriados, Bronquitis y Catarros más tenaces, cicatriza los tuberculos del Pulmón de los Tísicos, suprime los sudores nocturnos, los ataques incessantes de tos que desesperan á los enfermos y les devuelve rápidamente la salud.

Deposito e las Farmacias de Filipinas

UN SACERDOTE

de ROMA ha ENCONTRADO el MEDIO de CURAR la ANEMIA - FALTA DE FUERZAS FALTA DE APETITO - CLOROSIS FIEBRES - DÉBILIDAD GENERAL DISPEPSIA, etc., con las PÍLDORAS ANTONIO Farmacia MALAVANT, 19, rue des Deux-Ponts, PARIS. Depositario en MANILA: TEODORO MEYER y C^a.

T. JONES
FABRICANTE DE PERFUMERÍA INGLESA
EXTRA-FINA

VICTORIA ESENCIA
El perfume el más esquisito del mundo. ÚLTIMA NOVEDAD PARA EL PAÑUELO.

BOUQUET POMPADOUR
BRUYÈRE D'ÉCOSSE
FLEURS DE FRANCE
AGUA de Tocador JONES
Tónica y refrescante, excelente contra las picaduras de los insectos.

ELIXIR Y PASTA DENTÍFRICOS

LA JUVENIL
Polvos sin ninguna mezcla química para el cuidado de la cara, adherente é invisible.

PARIS, 23, boulevard des Capucines.
En MANILA: JACOBO ZOBEL; — T. MEYER y C^a.

ENERGICO RECONSTITUYENTE
VINO DE PEPTONA
de CHAPOTEAU

La Peptona es, á causa de su pureza, la única empleada en el Instituto Pasteur.

ESTE Vino contiene la carne de vaca digerida por la pepsina; es mucho más activo que los jugos y extractos de carne; nótrense con él los anémicos, convalecientes, tísicos, enfermos privados de apetito, asqueados de los alimentos ó incapaces de soportarlos, y los extenuados por el trabajo, el cansancio ó las vigiliias.

Deposito e las Farmacias de Filipinas

GRANDES DESTILERÍAS MAI AGUEÑAS
MOVIDAS Á VAPOR Y SISTEMA CHARENTAIS

COGNACS SUPERFINOS
GARANTIZADOS PUROS DE VINO

JIMENEZ Y LAMOTHE
MALAGA Y MANANARES
PROVEEDOR DE LA REAL CASA

MARCA REGISTRADA

En todos los A madores, Tiendas y Cafes de España y Ultramar.

A LA REINE DES FLEURS

AROMAS NUEVOS
de L. T. PIVER en PARIS

Mascotte
PERFUME PORTE-BONHEUR

Extracto al Corylopsis del Japon

PERFUMES EXQUISITOS:
Paris Bouquet — Anona du Bengale
Cydonia de Chine
Stephania d'Australie
Heliotrope blanc — Gardenia
Bouquet de l'Amitté — White Rose of Kezanlik — Polyflor oriental
Brise de Nice — Bouquet Zamora

ESENCIAS CONCENTRADAS (de todos los Olores) DE CALIDAD EXTRA